

CAPITULO XXX.

Es preciso que volvamos á tratar de los personajes de nuestra historia que dejamos en Perth, cuando habemos acompañado al guantero y su bella hija á Kinfauns, y cuando dejamos este castillo hospitalario, para seguir á Simon hasta el lago Tay. Siendo el principe de

Escocia el de rango mas elevado, reclama desde luego nuestra atencion.

Este joven indiscreto é inconsiderado no su-
fria sin alguna impaciencia el vivir solo en
casa del lor gran condestable, cuya compañía
aunque muy apreciable bajo cualquier respecto,
le disgustaba únicamente porque le conside-
raba en algun modo como su carcelero. Enfu-
recido contra su tío y disgustado de su padre,
apetecia con bastante naturalidad asociarse
con sir John Ramorny, con quien estaba habi-
tuado largo tiempo habia, dejándole el cuida-
do de buscarle diversiones, y aun de dirigirle
y guiarle; aunque él hubiera mirado como un
insulto que tal se dijera. Escribióle, pues, que
viniese á verle, si su salud se lo permitia, y
que fuese por agua hasta un pabellon del jar-
din del gran condestable, (el cual se extendia
como el de sir John Ramorny, hasta las ori-
llas del Tay. Al renovar el duque de Rothsay
una amistad tan peligrosa, se acordó única-
mente de que él habia sido el amigo genero-
so de sir Ramorny, en tanto que sir John por
su parte, al recibir esta invitacion, no se

acordó mas que de los insultos por él sufridos
á causa de los caprichos de su protector; la
pérdida de su mano, el tono poco grave en
que el príncipe le habia hablado, y la pronti-
tud con que habia dejado su causa en el
asunto de la muerte del gorrero. Sonrióse
amargamente al recibir el billete del prínci-
pe.

— Eviot, dijo él, que me preparen un buen
barco con seis hombres seguros. Atiende bien
á lo que digo; hombres seguros.... No pierdas
un instante y haz que venga Dwining sobre la
marcha. — El cielo se me muestra propicio,
digno amigo mio, dijo él á su cirujano, yo me
apuraba en buscar medios como avistarme con
este muchacho, que no sabe lo que quiere, y
ya ves como me convida él mismo para ir á
verle.

— ¡Oh! sí; veo el asunto con toda claridad,
respondió Dwining; el Cielo se muestra propi-
cio á ciertas consecuencias fatales que de aqui
resultarán! — eh! eh! eh!....

— No importa, el lazo está tendido, mi que-
rido amigo, y hay en él un cebo que le haria

salir de un santuario, aunque hubiera en el cementerio una tropa de hombres armados esperándole. Sin embargo esto no es necesario; el disgusto que sufre bastaría para decidirle. Prepara todo lo que necesitas, por que tú vienes con nosotros. Escríbele tú, — porque á mí me es ya imposible hacerlo, — visto que debo ir á ponerme á sus órdenes al momento mismo. Escríbeme esto como un secretario. Él sabe leer, y á mí es á quien me lo debe.

— Él será deudor á Vuestra Valentía de otros conocimientos antes de morir.... ¡eh! eh! eh!.... Pero, ¿vuestro ajuste con el duque de Albany está seguro?

— Bastante para mi ambicion, para satisfacer tu codicia y nuestra mutua venganza. ¡A bordo! ¡á bordo! — Eviot, pon en el barco algunos frascos del mejor vino y algunos fiambres.

— Pero ¿sentís dolor en el brazo?

— La palpitation de mi corazon me hace olvidar las punzadas de mi herida: láteme como si quisiera salirse del pecho.

— ¡No lo quiera Dios! dijo Dwining. — Eso seria un espectáculo extraño, si llegase á suceder,

decia él para sí; me alegrara hacer su diseccion; pero me recelo mellaria mis mejores instrumentos la cubierta de piedra que le rodea.

Despues de algunos minutos ya estaban en la barca, al tiempo que un mensagero se daba prisa en llevar al príncipe la respuesta.

Estaba Rothsay con el condestable de sobremesa, pero triste y taciturno, y el conde acababa de preguntarle si gustaba se levantara la mesa, cuando un billete que dieron al príncipe mudó de repente su fisonomía.

— Como gustéis, le respondió, porque yo voy al pabellon del jardin, siempre con vuestro permiso, milor condestable, para recibir la visita de mi antiguo escudero mayor.

— Milor.... dijo el conde de Errol.

— Sí, milor: ¿es preciso que os pida yo dos veces el permiso?

— No ciertamente, milor; pero Vuestra Alteza Real se acuerda de que sir John Ramorny...

— Él no está apesado, segun creo, vamos, Errol, vos querriais hacer el papel de carcele-

ro terrible; pero es muy ageno de vuestro caracter. A Dios por media hora.

— ¡Locura nueva! dijo el conde de Errol, en tanto que el príncipe abriendo una puerta de la sala del piso bajo donde se hallaban, entraba en el jardín; porque lo es la mas clásica volver á llamar para sí á este miserable; pero está infatuado.

Sin embargo el príncipe le dijo al paso:

— La hospitalidad de Vuestra Señoría tendrá la bondad de hacer se nos sirva en el pabellon uno ú dos frascos de vino y alguna cosa con que tomar un refrigerio. Me gusta comer algo al fresco del rio.

El condestable no le respondió sino saludándole, y dió al momento la orden conveniente, de modo que al salir sir John Ramorny de la barca y al entrar en el pabellon halló ya la mesa cubierta.

— Siento de lo íntimo del alma ver á Vuestra Alteza en un arresto privado; dijo Ramorny en tono compasivo perfectamente fingido.

— Tu sentimiento lo es tambien para mí, respondió el príncipe. Es mucha verdad que

Errol, hombre apreciable, me ha fastidiado tanto por su aire grave y por sus discursos que pueden pasar por lecciones severas, que me ha forzado á recurrir á tí tan reprobado como estás. Si nada bueno tengo que esperar de tí, al menos podré lograr algo que me divierta. Sin embargo, antes de ir mas lejos, debo decirte que lo sucedido el miércoles de Ceniza es una infamia. Pienso no habrás tenido parte en nada.

— Sobre mi palabra, milor, esto no es mas que una equivocacion de aquel animal de Bonthron. Yo solamente le habia dado á entender que una paliza debia ser el premio del tunante que me ha hecho perder la mano, y he aquí mi bribon que hizo dos borracheras. Tomar un hombre por otro, y en lugar de palo servirse de un hacha.

— Aun es una fortuna que todo pare allí. — Este gorrero es poca cosa, pero jamás os hubiera perdonado si el armero hubiera sido la víctima. — No hay uno que le iguale en toda la Gran-Bretaña. — Yo confio en que el malvado ha sido colgado en una horca bastante alta.

— Si os parece bastante treinta pies...

— ¡Vaya! no hablemos mas de él; su nombre solo comunica un gusto de sangre á este buen vino. — ¿Y qué corre de nuevo en Perth, Ramorny? ¿Qué hacen nuestras alegres mozas y nuestros gallardos?

— No se piensa ya en la gallardía, milor. Se para la vista de todos en los movimientos de Douglas el Negro, que llega con cinco mil hombres de tropa escogida, para ponernos á todos en orden, como si marchara á otro Otterburne*. Se dice volverá á ser Lugarteniente-general del reino, y es cierto se han declarado en favor suyo muchas gentes.

— Seria pues, un tiempo excelente de tener libres los pies, sin lo que podria yo encontrar un carcelero peor que Errol.

— ¡Ah milor! si lograrais veros fuera de aquí, bien pronto tendriais un partido capaz, con que hacer frente al de Douglas.

— Ramorny, dijo el príncipe con gravedad, yo no conservo mas que un recuerdo confuso

* Batalla ganada por un lor Douglas.

de una proposicion horrible que me habeis hecho no hace mucho tiempo. — Guardaos de darme consejos como aquellos. Yo quisiera estar libre; quisiera ser dueño de mis acciones; pero jamás tomaré las armas contra mi padre, ni contra aquellos á quienes haya concedido su confianza.

— No era mas que de la libertad personal de Vuestra Alteza de lo que yo me proponia tratar. Si yo estuviera en el lugar de Vuestra Alteza, me pondria á bordo de esta buena barca que se ve en el Tay, me haria llevar con tranquilidad al condado de Fife, donde teneis numerosos amigos, y me instalaria sin mas ceremonia en Falkland. Es un castillo real, y aunque le ha regalado el rey á vuestro tio, Vuestra Alteza puede tomarse la licencia de residir en la propiedad de un pariente tan cercano.

— Él se ha tomado otras muchas libertades con mis bienes, como lo prueba el dominio de Renfrew. — Pero espera un poco, Ramorny, espera un poco. — ¿No he oido yo decir á Errol que lady Marjory Douglas, á quien llaman

duquesa de Rothsay, está en Falkland? Yo no quisiera vivir bajo el mismo techo que esta dama, ni tampoco insultarla obligándola á marcharse.

— Ha vivido allí, milor, pero he tenido aviso seguro de que ha ido á reunirse con su padre.

— ¡Ah! para excitar á Douglas contra mi, ó tal vez para pedirle me deje salvo, con tal que vaya yo á pedirle de rodillas un lado en su lecho, como dicen los peregrinos debe hacer el emir ó almirante sarraceno, á quien un soldado su hija en matrimonio? Ramorny, yo obra ré segun la máxima del mismo Douglas. ¡Vale mas oír cantar á la alondra, que oír trotar á la rata! Yo no me dejaré encadenar de pies y manos.

— ¿No conviene, pues, otro parage mejor que Falkland? Yo tengo allí bastante gente armada para manteneros, y si Vuestra Alteza gusta de partir, un pequeño curso conduce á la mar por tres lados diferentes.

— Tienes razon, dijo el inconsiderado príncipe; pero nos moriremos allí de fastidio. Ni alegría, ni música, ni mozas.

— Perdonad, noble duque; pero aunque lady Marjory Douglas haya partido como dama errante para implorar el poderoso auxilio de su padre, me atrevo á decir está en Falkland una muchacha mas joven, una muchacha mas amable, ó por lo menos se pondrá bien pronto en camino para ir allá. — ¿Vuestra Alteza no se ha olvidado de la Linda Doncella de Perth?

— ¡Olvidado de la moza mas hermosa de Escocia! — No, — como tú no has olvidado puse la mano en la expedicion de Curfew-Street, la noche de San-Valentin.

— ¿Que yo he puesto la mano? — Vuestra Alteza quiere decir que yo la he perdido. Tan cierto como que no la volveré á encontrar jamás, es el que Catalina Glover está en este instante, ó estará bien pronto en Falkland. No lisonjearé yo á Vuestra Alteza con decir que cuenta ella con hallaros allí. — El hecho es que tiene el designio de ponerse bajo la proteccion de lady Marjory.

— ¡Traidorcilla! — ¡Ella se vuelve contra mí! Merece castigo, Ramorny.

— Yo pienso la impondrá Vuestra Alteza una penitencia suave.

— A fe mía que yo he querido mucho tiempo ha estar en lugar de su confesor, pero, ¡siempre la he visto tan reservada!

— Os ha faltado la ocasión, milor, y aun al presente el momento es crítico.

— A la verdad no estoy muy distante de hacer una calaverada; pero mi padre....

— Su persona está segura y tan libre como nunca pudo estar mas, al paso que Vuestra Alteza....

— Debe arrastrar cadenas aunque no sean mas que las del himeneo. — Ya lo sé. — Veo llegar á Douglas que da la mano á su hija, con el semblante y las señas del rostro indicando la misma altanería que las de su padre mismo, salvo algunas trazas de la vejez.

— Y en Falkland es donde vive en soledad la mas hermosa de las doncellas de Escocia. — Aquí todo es penitencia y disgusto, allá será todo alegría y libertad.

— Tú ganaste, sabio consejero mio, pero ten

euidado que esta será la última de mis travesuras.

— Así lo espero; porque cuando esteis en libertad, podeis entrar en una compostura con vuestro padre.

— Voy á escribirle, Ramorny. — Alcánzame esa escribanía. — No, yo no puedo poner en orden los pensamientos. — Escribe tú.

— Se olvida Vuestra Alteza.... dijo Ramorny presentando su brazo manco.

— ¡Ah! sí, ¡esa maldita mano! ¿Qué haremos ahora?

— Si Vuestra Alteza gusta, podrá servirse de la mano del médico Dwining, que escribe como escribano.

— ¿Conoce las circunstancias? y ¿tiene de ellas alguna idea?

— Él lo sabe todo; respondió Ramorny, y acercándose á la ventana, llamó á Dwining que se habia quedado en el barco.

Adelantóse Dwining hácia el príncipe con tal pausa en el andar como si pisara huevos, los ojos bajos y al parecer encogiendo todo el cuerpo á causa del temor y respeto.

— Aquí hay, amigo, cuanto se necesita para escribir, dijo el príncipe, quiero probar tus talentos. — Sabes ya de lo que se trata. — Debes exponer mi conducta á mi padre bajo un punto de vista favorable.

Dwining se sentó y en algunos minutos escribió una carta que dió á sir John Ramorny.

— A fe mia parece que te ayudó el diablo, Dwining, dijo el caballero. — Escuchad, milor: — «Mi respetable padre, mi soberano y señor mio, sabed que consideraciones importantes me mueven á dejar vuestra corte, con el designio de fijarme en Falkland, tanto porque este castillo es de mi tio querido de Albany, con quien me consta desea Vuestra Magestad me conduzca con toda la familiaridad afectuosa, como porque esta era la residencia de una persona de quien he estado demasiado tiempo separado, y á quien me apresuro presentar los votos de la mas grande ternura desde hoy mismo. »

El duque de Rothsay y Ramorny dieron una risotada, y Dwining que habia leído su obra como si hubiera sido su sentencia de muerte,

animado con los aplausos, levantó los ojos y se le oyó hacer á media voz su exclamacion ordinaria de gozo, ¡eh! eh! eh! despues volvió á recobrar su gravedad silenciosa, como si recelara haber pasado los limites del respeto.

— ¡Admirable, dijo el príncipe, admirable! el viejo explicará estas palabras á la duquesa de Rothsay, como la llaman. Dwining tú debias ser á *secretis* de Su Santidad el Papa, si es verdad, como se dice, que tiene algunas veces necesidad de un escribano que invente una palabra de dos sentidos. Voy á firmar la carta, y tendré el mérito de la invencion.

— Y ahora, milor, dijo Ramorny, despues de haber sellado la carta que dejó sobre la mesa, ¿no quereis ponerlos á bordo?

— Es necesario esperar á mi camarero, á que me traigan mis vestidos y todo lo necesario. Harás bien al mismo tiempo si llamas á mi ugier de viandas.

— El tiempo urge, milor, y estos preparativos no servirán sino para dar en que sospechar. Mañana vendrán vuestros oficiales á ser-

viros; y por hoy mis humildes servicios podrán bastaros para la mesa y vuestro cuarto.

— Por esta vez te olvidas, dijo el príncipe tocándole con una cañita que tenía en la mano, en el brazo herido. Acuérdate, pues, que no estás en estado de trinchar un capon, ni de pegar una cinta. ¡Harías por cierto un excelente ayuda de cámara, un famoso ugier de viandas!

Ramorny se estremeció de rabia y de miedo; porque su herida estaba todavía tan delicada, que bastaba dirigir un dedo hácia su brazo, para hacerle temblar.

— ¿Gusta Vuestra Alteza de salir?

— No sin despedirme del lor condestable. Rothsay no debe salir de la casa del conde de Errol como un ladrón que se escapa de la cárcel. Dile que venga aquí.

— Esto puede perjudicar á nuestros proyectos, milor.

— Anda con los diablos, tu perjudicar y tus proyectos, yo quiero conducirme, y me conduciré siempre con Errol de un modo digno de ambos.

Advertido el conde acerca de los deseos del príncipe no tardó en presentarse.

— Os he dado la molestia de venir aquí, milor, dijo el príncipe con aquel aire de cortesía y dignidad que tan bien sabía tomar, para daros las gracias por vuestra hospitalidad y compañía. No puedo gozar de ella por mas tiempo, pues que negocios urgentes me precisan para ir á Falkland.

— Milor, dijo el condestable, pienso no habrá olvidado Vuestra Alteza que se halla bajo mi custodia.

— ¡Cómo! yo bajo vuestra custodia. Decidme claramente si estoy preso. Si no lo estoy me tomaré la libertad de partir.

— Yo quisiera que tuviese á bien Vuestra Alteza de pedir el permiso á Su Magestad para emprender este viage. El rey se incomodará mucho sin esto.

— ¿Quereis decir que se incomodara contra vos ó contra mí, milor?

— He dicho antes á Vuestra Alteza que está bajo mi custodia; pero si Vuestra Alteza está resuelto á partir, yo no tengo orden — ni Dios lo

quiera—de usar de la fuerza para retenerle. Yo no puedo mas que suplicaros en consideracion á vos mismo, que...

— Yo soy el mejor juez de mis intereses. A Dios, milor.

El príncipe obstinado se puso á bordo con Dwining y Ramorny; sin esperar á nadie de la comitiva del duque. Eviot alejó el esquife de la orilla y bajó rápidamente por el Tay ayudado de una vela, los remos y la marea.

Pareció por algun tiempo que se hallaba el príncipe taciturno y pensativo, sin que sus compañeros le interrumpieran en sus reflexiones. Levantó por fin la cabeza, y dijo. — Mi padre gusta de chanzas y esta no le incomodará mas de lo que ella merece. Es una locura de la juventud que tratará como hizo con las otras. — Vean vms., señores míos, aquí está el castillo de Kinfauns, que se levanta en las riberas del Tay. Ahora pues, Ramorny, dime como te has manejado para sacar á la Linda Doncella de Perth de las manos del preboste testarudo; porque Errol me ha dicho se aseguraba haberla tomado él bajo su proteccion.

— Es cierto, milor; y con el intento de ponerla bajo el amparo de la duquesa de... quiero decir de lady Marjory Douglas. Ahora pues el tal preboste tiene la cabeza dura, y no es, aunque mas se diga, sino un tonto valeroso; este tal tiene como la mayor parte de los de su clase un favorito dotado de cierta destreza y astucia que usa en cualquier ocasion, y cuyas idéas adopta él hasta el punto de creerlas suyas propias. Yo pues me dirijo á un confidente de estos, cuando quiero estar al corriente de los proyectos de algun baron imbecil. El de sir Patricio Charteris se llama Kitt Henshaw, es un marino antiguo del Tay, quien habiendo bogado en su tiempo hasta Campvere, logra de su amo el respeto debido á un hombre que ha visto los paises extrangeros. Este agente ha venido á ser el mio, y yo le tengo sugeridos diversos pretextos que él ha hecho servir para retardar la partida de Catalina.

— ¿Y para qué?

— No sé si es prudente decirlo á Vuestra Alteza, en suposicion de que recelo desapruébe mis miras. Yo deseaba que los miembros